

§ 73

La bondad de Dios

1. También en lo que concierne a la bondad hablamos aquí solamente de ella en tanto que es un atributo del ser divino y no una actitud moral.
2. Dios es bondad en tanto que a causa de su perfección ontológica

debe ser considerado como meta de los anhelos humanos. Como quiera que Dios es el ser absoluto subsistente, es también el valor absoluto, la bondad absoluta, el bien supremo (*summum bonum*), debiéndose entender esto no en sentido abstracto, sino en sentido concreto y personal. Dios es la bondad-persona. Dios es bienaventurado en tanto que ama su propia bondad. La bienaventuranza divina no es un mero estado, es Dios mismo. La verdad, la bondad y la bienaventuranza son en Dios cosas idénticas y existen de un modo personal. Más aún: como quiera que Dios sólo existe bajo la forma de Trinidad, las tres existen trinitariamente, como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esto quiere decir que el fundamento y la meta del mundo es la bienaventuranza en persona. Por eso el mundo no tiene un sentido trágico.

Dios es al mismo tiempo bondad primordial y valor primordial. Dios es el fundamento increado y creador y la medida de toda bondad, así como es también el único que puede satisfacer todos los anhelos de las criaturas; en este sentido se dice de Él que es el bien supremo de las criaturas. San Agustín: «Nos has creado para ti, y nuestro corazón permanecerá inquieto hasta que descansa en ti» (*Confesiones*, I, 1). Dios es por eso la meta suprema. Atenágoras declara (*Petición en favor de los cristianos*, 16; BKV, 292): «El mundo no ha sido hecho porque Dios necesitara de él. Ya que Dios lo es todo: luz inaccesible, mundo perfecto, espíritu, fuerza, palabra.» San Gregorio de Nisa (*Sobre las Bienaventuranzas, Sermón primero*, 1; BKV, 155 y sigs.): «Lo que es en verdad bienaventurado es ser divino. Pues sea lo que quiera lo que nos figuramos el bien infinito e incomprensible, la hermosura inefable, la gracia immaculada, la sabiduría y fuerza, la luz verdadera y fuente de todo lo bueno, lo que continuamente irradia felicidad, la eterna alegría, el ser que no podemos describir debidamente aunque afirmemos de él todas las excelencias que podemos concebir. Porque en parte nuestro pensamiento no alcanza la realidad, en parte somos incapaces de expresar por medio de palabras los pensamientos cuando éstos se elevan hacia lo alto.»

Todo lo extradivino, el ser natural y sobrenatural, posee valor, en tanto que está lleno de ser, por haber sido producido por Dios, valor primordial. La jerarquía de los valores extradivinos depende de la mayor o menor medida de ser que Dios les ha comunicado. Todo lo extradivino tiene valor en tanto que es ser y debe ser afirmado por nosotros, puesto que la voluntad de Dios, causa creadora de todo lo extradivino, no puede crear ni afirmar lo malo, lo que carece de valor. Es la decisión humana la que ha introducido el mal en el mundo. Frente al pecado, que es falta o privación del bien, de la bondad debida, se puede y se debe adoptar una actitud negativa.

Todas las cosas, tanto las cosas particulares como la totalidad del mundo y de la humanidad, reciben de Dios en primer lugar la capacidad necesaria para llegar hasta un estado de perfecto desarrollo esencial. En lo que concierne a las criaturas, su bondad consiste en la obtención de la forma perfecta que Dios las ha destinado. Como quiera que todas las cosas son tanto mejores cuanto mayor es su plenitud ontológica, llevan a cabo realizaciones ontológicas cuando realizan y desarrollan sus disposiciones esenciales. Al hombre le ha sido comunicada la misión de «realizarse» de este modo, dando forma al mismo tiempo a las cosas de este mundo (misión cultural). Por consiguiente, la afirmación de un valor par-

MICHAEL SCHMAUS

particular no es quietud y descanso, sino un aliciente que nos incita a sobrepasarle. En toda afirmación de valores va incluida una negación; se niega en ella que la altura ontológica obtenida sea la definitiva. La debida y bien ordenada afirmación de los valores terrenos considerará éstos como participación en el valor de Dios y se opondrá a la divinización de tales valores.

El hombre que tiene siempre a Dios a la vista, valor supremo, sabe valorar debidamente las posibilidades, obligaciones y límites de la actividad cultural. Véase el tratado sobre la Creación. La afirmación de los valores terrenos es una actitud de alabanza a Dios y acción de gracias. Véanse los prefacios de la Misa.